# Un código para la fraternidad

**Jesús Avezuela Cárcel**
Director de la Fundación Pablo VI
@fpablovi

La lectura de *Fratelli tutti*, tercera encíclica del Papa Francisco, quizás por mi deformación profesional, me sitúa ante un código universal de principios y normas en clave de fraternidad que permite «reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite».

Resulta, asimismo, innegable que la encíclica está muy condicionada por el momento actual que estamos viviendo a nivel mundial a causa del coronavirus. El propio Francisco lo reconoce cuando, en el mismo preámbulo de la encíclica, dice que «cuando estaba redactando esta carta, irrumpió de manera inesperada la pandemia de Covid-19 que dejó al descubierto nuestras falsas seguridades. Más allá de las diversas respuestas que dieron los distintos países, se evidenció la incapacidad de actuar conjuntamente». Y en esta línea, no es baladí que los primeros capítulos (principalmente, los cuatro primeros) hagan especial hincapié a cuestiones globales de orden humanista como «las sombras de un mundo cerrado» (y los sueños que se rompen en pedazos); la idea del extraño, el prójimo o el forastero; o la necesidad de pensar y gestar unas sociedades que integren a todos con un corazón abierto al mundo entero («Necesitamos desarrollar esta consciencia de que hoy o nos salvamos todos o no se salva nadie»).

Tras esta primera parte, el Papa Francisco dedica los siguientes capítulos a aspectos más orientados a la gobernanza del mundo como la mejor política o el diálogo social: «Para hacer posible el desarrollo de una comunidad mundial, capaz de realizar la fraternidad a partir de pueblos y naciones que vivan la amistad social, hace falta la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común».

Es, a mi juicio, una parte esencial dentro de la encíclica en la que se apuesta —ya se apuntaba en *Laudato si'*— por una arquitectura de organizaciones internacionales dotadas de autoridad para asegurar el bien común mundial y de establecer objetivos comunes y «asegurar el cumplimiento en todo el mundo de algunas normas básicas». Es un cometido nada fácil, pero absolutamente imprescindible para avanzar como comunidad global. Sin ir más lejos, la pandemia que sufrimos lo ha puesto en evidencia.

En este punto, la encíclica recuerda algunos tratados clásicos de las ideas políticas para un siglo XXI con fórmulas sobre la «buena política» en cuanto que debe buscar caminos de construcción de comunidades en los distintos niveles de la vida social y pensar con visión amplia incorporando «un diálogo interdisciplinario».

La encíclica es contundente cuando a ello se refiere: «La falta de diálogo implica que ninguno, en los distintos sectores, está preocupado por el bien común»; el diálogo ha de hacerse con un espíritu de «verdad» y «fraternidad» como magistralmente se expone en los dos últimos capítulos de la encíclica.